

Codicia y miseria de la fuente donde nace el oro

Escribe: ALBERTO MIRAMON

¡El oro de las Indias!... Escarbemos una vez más sobre el historial del rico metal en el mundo americano. El tema no es ciertamente novedoso, como que señorea —dice Carlos Pereyra— la literatura pesimista española y se manifiesta en la correlativa de la denigración. Pero, a pesar de todos los extremos, tiene perenne rutilancia, un mágico tintineo y posee el brillo propio del rey de los metales que lo inspira. Acaso sea esto lo que lo torna inexhausto, lo que a través de todos los tiempos hace volver sobre él al erudito grave, al economista malhumorado y a los investigadores de las curiosidades del pasado.

La historia del oro en América tiene comienzo en el propio descubrimiento; es más: puede decirse que la búsqueda del precioso metal constituyó la principal obsesión del propio descubridor del Nuevo Mundo. Cristóbal Colón sentía tal atracción por él que esa calidad metálica y brillante revela, según Salvador de Madariaga, su origen judaico. El Nuevo Continente fue, según propia expresión del Almirante de la Mar Oceana, “la fuente donde nace el oro”, pues, “hay tanta cantidad que lo cojen y lo ciernen en pedazos”, escribe en su primer viaje. Y, arrebatado por su entusiasmo ante el imponderable físico del codiciado metal, concluye por decir a los Reyes Católicos estas palabras escandalizadoras, porque revelan un fondo impío de su alma: “El oro es excelentísimo: el oro es tesoro, y con él quien lo tiene hace cuanto quiere en el mundo, y llega a que echa las ánimas del paraíso”.

Y, como para Colón, para quienes vinieron después, el Nuevo Mundo, antes que un concepto geográfico, fue la leyenda espejeante del metal: su producción, su cuantía, su destino y aplicación. El oro fue la palabra que enloqueció a los hombres del siglo XVI hasta trocarse en el señuelo fascinador, el espíritu tentador, la promesa reconfortadora que les hizo soportar las mil penalidades de calar las tierras vírgenes y que, como brebaje de hechicería, a la par que los seducía sin tregua ni descanso, consumía y devoraba a los seducidos y fascinados...

Los naturales de América, no bien se disipó el primer pasmo, se dieron cuenta de qué pie cojeaban los hombres blancos; no se engañaron al

advertir su pasión por los brillantes canutillos o las luminosas pepitas y, recobrando un poco su índole taimada, con la mágica palabra: ¡Oro! les van alejando de sus poblados hasta encaminarlos a los parajes más distantes de sus lares, merced a la patraña de Eldorado: cuento fabuloso de un cacique que se revestía de oro, hasta cubrirse todo él con el precioso metal y se introducía en una remota laguna, al morir el día, para hacer ofrenda a los dioses, de cántaros rebosantes de oro y piedras preciosas, en medio de la vocería de las tribus que atruenan las montañas y el ruido de las músicas aborígenes. Así se hicieron los descubrimientos y se logró la conquista de un mundo por un puñado de valientes; de ese mundo callaron Pizarro y Cortés, Quesada y Almagro, reinos indígenas hasta asentar la mano imperial de España en un continente inmenso; pero a la par que arrebataban el oro a sus habitantes, les dieron los prolegómenos de una cultura superior: lengua, raza, religión...

En el dilatado cronicón del oro indiano, la página más graciosa escribiola el historiador Lucas Fernández de Piedrahita, cuando, relatando los sucesos acaecidos en el año de 1551, cuenta cómo se descubrieron para lustre decoroso del Nuevo Reino de Granada, en términos de la recién fundada villa de Pamplona, "las minas más ricas que a mi entender se han hallado en las Indias, no atendiendo a la duración que tuvieron sino a la cantidad que mientras se labraron rendían...".

"Y fue el caso en referencia que, habiendo salido a caza de venados, en una ocasión de las muchas que se ocupaba en este ejercicio el maestro de campo Hortún Velasco, en compañía de otros caballeros que le seguían, eligieron para su divertimento las campiñas de un páramo alto que llamaban El Rico; lograron gustosamente la caza hasta que los ardores del sol del medio día les obligó a que, juntándose, bajasen a sestear al abrigo de un arroyuelo".

"Holgábanse los cazadores en aquel ameno paraje hasta que alguno paró mientes en la persona de un forastero que, con sus alforjillas al hombro y a pie, les había seguido desde la ciudad. Notada la presencia del extraño, diéronse a divertir el sesteo cambiando algunas parrafadas con él, para lo cual lo primero que le preguntaron fue de dónde era y para qué había pasado a las Indias".

"Me llamo Juan Vera, para servir a ustedes, y soy de Villafranca, en Extremadura, como que va de Zafra a Almendialejo, donde tengo hijos y mujer muy pobres. Y si he pasado a las Indias era porque se decía haber tanta cantidad de oro que en brevedad volvería con él bastante para remediar las necesidades que padecían".

"Vista por uno de los caballeros la sencillez de las palabras de aquel hombre, le dijo disimuladamente y con el aplauso de los compañeros, que no había sido su trabajo en balde, y señalando con la mano prosiguió:

"—Vaya vuestra merced a la cumbre de aquella colina rasa, y a la raíz de la piedra grande que se descubre, cave la tierra con la mano y sacará todo el oro que viene a buscar".

"Obedeció al punto el extremeño, y mientras los cazadores se burlaban sesteando de ver cuán diligente caminaba a la colina, llegó a ella, y re-

pechando hasta la piedra que le habían mostrado, arrancó las yerbas que tenía al pie, y reconociendo algunas puntas de oro que saltaron con las raíces, se fue ayudando de las manos, cavando cuanto podía y continuando la acción con otras matas de yerbas que le correspondían de la misma suerte hasta que satisfecho con el peso del oro que había depositado en las alforjillas —le parecía bastante para remediar su casa— trató de volver, como lo hizo a regociar el beneficio que había recibido de quien le mostró la piedra”.

“Deslumbrados con el relato cuya verdad certificaba el oro que relucía en las alforjas, no salieron de su asombro los caballeros sino para caer en súbita locura y emprendiendo desatinada carrera hacia la cima de la colina, no pararon hasta que jadeantes llegaron al lugar indicado. Entonces los nobles señores, sin dárseles un ardite la medida de los de su condición, pusieronse afanosamente a remover la tierra, recogían el precioso metal a puñados y se atestaban los bolsillos, los lienuelos, como llamaban los pañuelos y aun los chambergos”.

“Toda la colina que va referida —concluye Fernández de Piedrahita— en la distancia de un palmo de profundidad tenía derramadas las puntas de oro que formaban aquel prodigioso tesoro, sin que a más profunda distancia se hallasen alguna, por más socavones que dio la codicia; y aunque la labor por esta causa y por la prisa que se dieron los mineros con inconmensurable cantidad de indios duró solamente por tiempo de un año, algo más o menos, fue tan grande la suma de oro que se sacó que por la riqueza que adquirieron los vecinos de Pamplona en aquel corto tiempo y los crecidos gastos y vanidades que la consumieron en los años siguientes, quedó la ciudad con el renombre de Pamplona la Loca”.

¿Cuánto significaron en la prosperidad del Viejo Mundo los áureos lingotes del nuevo? Vamos a procurar averiguarlo con la ayuda de los cronistas de hogaño y los registros que se guardaron en el Archivo de Indias.

Según Gassiot y Llorens, en el siglo XVI no había en toda Europa más de trescientos millones de pesetas en oro; la producción mundial de esa centuria no subía de siete toneladas, casi toda europea y en parte siberiana.

Las remesas de oro en América cambiaron la faz económica de Europa. Según calcula el profesor Soetbeet, la producción de oro de las Indias, desde el descubrimiento hasta finalizar el siglo XVI, llegó a ochocientos sesenta y cinco millones. Pero sobre este punto no se han puesto de acuerdo los tratadistas del Viejo Mundo. El alemán Lazis la estima en setecientos cincuenta y nueve millones, mientras que el español Valle de la Cerda la reduce a solo quinientos millones. Antes de los citados, Fernández de Navarrete la elevó a mil quinientos treinta y seis millones, y Sancho de Moncada estimó que la entrada registrada subió a dos mil millones.

Por lo que a nuestra patria se refiere, la producción de oro en el siglo XVI, la calculan don Vicente Restrepo y el doctor Antonio José Uribe en cincuenta y tres millones de pesos.

El siglo XVII no ofrece tan claros y precisos sus cuadros estadísticos de la introducción del oro en Europa, no porque se hubiese mermado el laboreo del precioso metal, sino porque el oro encontró más expedito el camino oculto del contrabando para llegar al Viejo Continente. Investigadores autorizados estiman que el temor a que se incautara la Corona de los envíos de los particulares, les hizo recurrir al contrabando. De todas maneras la contribución de nuestro suelo fue considerable en estos cien años en que la decadencia de España se acentúa. Según las autoridades que venimos siguiendo, el Nuevo Reino de Granada envió a la Metrópoli ciento setenta y tres millones de pesos. Según el alemán Soetbeet, se llegó a \$ 244.125.000.

En el siglo XVIII se llegó a diez y nueve toneladas de oro y el aumento se debió enteramente a América Latina, según el escritor Carlos Dávila. De tal cantidad correspondieron a la Nueva Granada doscientos cinco millones de pesos, lo que le dio el segundo lugar entre los países de la América productores de oro.

Es necesario exceptuar la cantidad que circulaba en los países americanos y la que pasó a los mercados asiáticos, que llegaban en total a \$ 285.000.000, según Carlos Pereyra.

Alumbró el siglo XIX y al grito de, ¡Libertad!, en todo el mundo americano las flotas de oro interrumpieron su transporte. No tornaron a cruzar el Atlántico y en interminables convoyes las carabelas y galeones repletos del rico metal, y la avalancha de riqueza no solo ya no se encaminó a España, sino que se tornó en su contra, constituyendo así uno de los capítulos más ejemplares de la historia.

...América fue libre, pero el hombre europeo temió pasar a un mundo en el cual se inauguraban sistemas de gobierno y se establecían formas políticas contrarias, en la mayoría de los casos, a las imperantes en el sabio y viejo mundo, y la corriente inmigratoria de españoles, franceses e ingleses sobre América, se paralizó.

Algunos de los hombres estudiosos de entonces comenzaron a comprender que nuestro oro no bastaría por sí solo para hacer la grandeza y la prosperidad de la América independiente; que urgía atraer al sabio hombre de la vieja Europa para crear y robustecer nuestras industrias; pero es justo confesar que cuantos medios se propusieron resultaron fallidos: decantados planes de colonización, promesas tentadoras para inmigrantes, propaganda, todo resultó vano. Apenas si un escaso porcentaje cruzó el océano y, en su mayoría, lo integraron prófugos de la justicia, maleantes y delincuentes de toda laya. Por singular ironía del destino, entre esos centenares de desesperados vino uno que debía de reavivar la pasión por el oro de los hombres del Viejo Mundo hasta lindes fabulosos.

Juan Augusto Suter era buscado por quiebra fraudulenta, robo y falsificación cuando cruzó el vasto mar, y con documentos falsos, se estableció en los Estados Unidos hacia 1834. Con la decisión de los perseguidos se había lanzado a lo desconocido, y, después de tentar multitud de oficios, en enero de 1848, a un golpe de pala descubre los ricos yacimientos de oro de California.

El telégrafo difunde a través de mares y continentes la promesa áurea, de todas partes del globo parten cada vez más los hombres para América. La masa humana se desparrama por la floreciente colonia y de nuevo la sed de oro empuja sobre el Nuevo Mundo la avalancha jamás vista de hombres de todas las razas y naciones: "De Nueva York zarparon cien buques. Y en 1848, 1849, 1850 y 1851, parten de Inglaterra, de Francia, de España, formidables hordas de aventureros. Unos van a dar la vuelta por el Cabo de Hornos; para los más impacientes aquella ruta es demasiado larga: prefieren el camino más peligroso: van por tierra atravesando el Istmo de Panamá. Una emprendedora compañía construye a toda prisa un ferrocarril por el istmo, obra que cuesta la vida a miles de obreros, que sucumben a las fiebres. Todo para ahorrar a los impacientes tres o cuatro semanas y llegar antes al precioso metal..."

El señuelo del oro había conseguido una vez más atraer a los hombres europeos como no lo lograron promesas de colonización, ni propaganda de planes inmigratorios. ¡Oh hambre sagrada del oro! ¡Qué cosas hay a que no fuerces los corazones de los mortales!, había exclamado un milenio antes el gran poeta latino.

El Nuevo Mundo, el mundo de Colón, ratificó así el título que en 1493 le dio el infortunado descubridor: "La fuente donde nace el oro".